



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.

Apartado 547.—Teléfono 1343.

Telégrafo 'LIBROJA.

Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

CARLOS MIRANDA

La edad del amor.

FERNANDO LUQUE

Práxedes cuenta la fuga de Teófilita á su propio marido.

J. ALCAIDE DE ZAFRA

Corregir al que yerra.

FERNANDO MORA

¡Eso es patriotismo!...

CARLOS IGLESIA-DUARTE

Cuento viejo.

F. SERRANO BAENA

Un Isidro.

EDUARDO TORRENOVA

Jugar con fuego.

TOVAR, DEMETRIO

Y AFRODITA

Varios dibujos y retratos de

Carlota Castro,

Fernando Luque y Manuel

Escacena.

CARLOTA CASTRO

‘Excelente cupletista y espléndida mujer como puede verse.

¡Nos han dicho que tiene uñas pantorrillas! |



5 céntimos



Hay una época del año en que Madrid se pone verdaderamente intransitable, y esa época coincide forzosamente con lo que los madrileños llamamos la «Isidrada».

Del 10 al 25 de Mayo las calles, los paseos, los teatros, todo, se llena de gente de distintas castas y de diversos tipos, que acuden á los Madriles, aprovechando la baratura de los trenes y con el pretexto de una romería fantástica á la que cada año acude menos gente, bien á pesar de

SUJETÁNDOSE LA LIGA



—Acaba pronto porque el guarda te mira con cara de sátiro.

—¿Será capaz de echarme un multazo por enseñar las piernas?

—Por la cara que pone creo que te echaría más de uno

los vendedores de torraos, rosquillas y otras porquerías más ó menos alimenticias, pero desde luego eminentemente indigestas cuya adquisición constituye parte obligada de la fiesta popular.

Yo, sin embargo, soy uno de los consecuentes romeros y no faltó nunca el día de la fiesta del patrono de la villa, aquél santo barón y labrador pernilcito, que mientras él estaba en éstaxis, contemplativo, por invisible y sobre natural mandato, ora se le desarrollaba la cebolleta, ora se le maduraba el pepino, con mucha más rapidez y lozania que á los demás labriegos, aun los de tierras colindantes en aquellas de los Vargas, de cuyo cultivo estaba él encargado. Tal cuenta la tradición y tal creo yo á pies juntillos como si lo hubiese visto.

Soy, pues, de los que van al cerrillo de la ermita, sino á beber el agua que cura las calenturas, porque da la casualidad que me da mejor resultado el sulfato de quinina, á ferirme un papelón de rosquillas tontas, por las cuales me parezco, casi tanto como por el masculino de esta clase especial de confituras pueblerinas. Contra la opinión general de sentir desvío por los tontos, yo soy un apasionado admirador de ellos. Con dos tontas que estén lo más tiernas que sea posible y su correspondiente par de tontos, paso yo tan ricamente la tarde de San Isidro. Palabra de honor.

También gusto de sentirme un tanto observador, deber de todo plumífero cuando hace acto de presencia en lugares de público esparcimiento, y así me fijo en tal ó cual grupo de concurrentes, y advierto que hay romeras solitarias, que buscan lugar apartado para entregarse al disfrute de la tortilla, vianda muy frecuente en esta clase de expansi mes, mientras otras prefieren recorrer los tinglados de mercados para adquirir á toda costa un pito lo más largo y lo más grueso que sus recursos les permitan, ya al natural, ó sea completamente desnudo, ó bien oculto entre

LAS ULTIMAS PALABRAS DE UNA DISCUSION



Ella.—¡Como no te pongas en razón!...

El.—La que se tiene que poner eres tú.

verdes hojas de parra, también pensada, como simbólica combinación, puesto que permite hacer consideraciones filosóficas sobre la relación de la hoja de parra con el pito del Santo.

Y las hay que vienen desde su pueblo á la romera, no más que por el gusto de poder regresar á él, fatigados de tanto tocar pitos, en el burdel que se arma durante la típica fiesta.

También hay muchos que se ciegan en el ramo de la alfarería. Suspiran dulcemente cuando pasan junto á un puesto donde se venden botijos, hermanos gemelos del que San Isidro tenía cabe su yunta y que se le llenaba de agua fresca y cristalina, por el mismo cómodo procedimiento que le crecían y desarrollaban el pepino ó la cebolleta á que antes hacía referencia.

Y es muy lógico que tal impresión recibían pues, á creer lo que la leyenda ase-

gura, «la mocita que merque un botijo del Santo, hecho con la misma tierra que éste labraba, pronto tendrá marido, que le será fiel y pródigo en cariño».

Bien es verdad, que para algo está el secreto de estas virtudes que las colgamos á los santos, porque de otro modo no se ve la congruencia que puedan tener el botijo con el casorio, y en cuanto á lo de la prodigalidad en el cariño es de suponer que será tanto mayor, cuanto más resistente y desarrollado resulte el pitorro del refrescante cacharro.

Pero donde yo paso más agradablemente el tiempo, es en la zona del ferial destinada á la exhibición de fenómenos, entre los cuales no cuento, naturalmente, al ídolo de la tauromaquia moderna.

El tío que se traga espadas y cuchillos, me entusiasma; el gigante aragonés, me embelesa; la vaca de las tres cabezas, me emociona... Pero lo que me produce ver-

EL QUE TIENE HAMBRE SUEÑA CON ROSQUILLAS



—¡Dios mío siento ruido! ¿será un violador?
¿será un ladrón? ¡Que no sea un ladrón!

verdadero deleite es la mujer de la fuerza, la dama hecúlea que se carga á la vez media docena de hombres y aún le quedan energías y habilidad para, en pleno ejercicio, tocar un sólo de clarinete á la vista del respetable público.

¡Y aún hay gazznápiros que combaten la autonomía del sexo débil!...

Un pequeño REPORTER

La edad del amor

Dice el señor Zozaya (don Antonio) que al escritor de versos ó de prosas se lo lleva el mismísimo demonio cuando las hembras jóvenes y hermosas, al ver junto á sus sienas el reflejo de las primeras canas

—igual sean tardías que tempranas—, consideránle viejo...

Yo, que por las mañanas al hacerme el tocado ante el espejo

noto de qué manera blanqueándose va mi cabellera, no por esa razón al diablo dejo que me lleve... ni en coche. ¡Bueno fuera!

Quizá al señor Zozaya, cuando se saque en la *toilette* la raya, le ocurra lo que dice de los otros, supuesto que maldice, reniega y abomina (¡vaya, vaya!) de que el pelo, antes lucio, de un escritor se vuelva tordo ó rucio.

Yo («¡ay misero de mí, ay infelice!»), que lo tuve más negro que la endrina, me alegro de verme convertido en pelirrucio. Con tal que no esté sucio, ni casposo ni largo (de lo cual diariamente yo me encargo),



La señora.—¿Es hija de usted?

El caballero.—Sí, señora, tengo dos gemelas.

La señora.—¡Ahí esta es una polla arrogante.

El caballero.—¡Pues si viera usted la otra!...

lo demás no me importa, ¡ya que la vida es corta!...

Por lo demás, ya saben las mujeres dadas á los eróticos placeres, que los hombros canosos acostumbramos ser más vigorosos para amar y más diestros (la experiencia es la que hace á los maes- que pueda serlo un chico [tros] de esos que, al empezar, hincan el pico...



Demetrio

Eliz.—Ves, tú tienes la culpa; ya no me vuelvo á tirar por el suelo... se me ha desabrochado este maldito botón.

El.—Pero, nena, si eso no es de tirarse por el suelo, eso es que se ha ensanchado el ojal de tanto usarlo.

Consuélese Zozaya (don Antonio);
 porque, si se acoquina y si se deja
 llevar por el mismísimo demonio,
 me probará que ignora
 que hace el buen caldo la gallina vieja.
 Y esto lo sabe bien cualquier señora.
 ¡y aun más si es pecadora!...

Como arda el corazón bajo la nieve
 de la que un día fuera
 castaña, endrina ó rubia cabellera,
 ningún pollastre tísico se atreve
 con un hombre maduro... ¡Bueno fuera!

Carlos MIRANDA



Práxedes cuenta la fuga de Teofilita á su propio marido (1)

—Pues bien, ante todo ha de saber usted que mi esposa no es mi esposa.

—¡Caramba! ¿Qué me dice usted?...

Sonrió el confidente, añadiendo en seguida:

—Es esposa de otro, aunque vive conmigo... Usted me entiende.

La faz redonda y bobalicona del doctor Mínguez, se contrae bajo la sombra del sombrero hongo.

—Verá usted. La conoci hace año y pico, en Córdoba, durante la feria...

Un farol tiene la impertinencia de iluminar la faz contraída, que, ahora, palidece, palidece...

—¿Usted es de Málaga?

—No, señor; soy de Soria; pero he pasado en Málaga varias temporaditas cuando era viajante de «La Ideal»: una fábrica de boquerones en la ta que hay á la entrada del puerto. Yo corría el género en toda la región andaluza y por eso, entonces, fui á Córdoba y por eso también la conocí á ella... á ella... á mi señora, vamos... ¿eh? usted me entiende...

—Sí, sí.

—Bueno; pues, como decía, allí la conocí. Estaba en un puesto de arropias, acompañada de unas amiguitas, chupa que te chupa... Verla y enamorarme de ella como un asno —y usted perdone— fué todo uno. La seguí toda aquella tarde: después me pasé dos semanas pegado á la cancela que

daba al patio de su casa, haciéndola guiños y señalándola con ambas manos el sitio donde supongo que tengo el corazón, cuando la veía pasar entre las flores del fondo. Al cabo empezó á timarse... Averigué su nombre y la escribí una carta que chorreaba pasión, pidiéndola una cita en la reja... El mismo día que recibí su contestación, concediéndome la entrevista

para por la noche, me enteré de que era casada... ¡Lo que son las cosas!... De todos modos, como el Amor no para en barras y como aquella que se me presentaba era para mí una barra de Viena, acudí á la cita. Usted quizá sepa lo que son estos coloquios amorosos colados por unos barrotos. El caso fué que la excitación poética de aquel, anudó nuestros amores pronto y fuertemente. Llegamos hasta la confidencia. Ella me confesó su estado; me dijo que su esposo era un vejete feo y aburrido á quien no profesaba más



Fernando Luque

que un afecto corto y filial; luego, casi llorando, después de tomarme juramento de amor tres ó cuatro veces, acabó por pedirme que la llevase conmigo. Estaba desesperada y tiernecita. Pero, yo, que siempre he sido algo reflexivo y timorato, eludí por el pronto el compromiso; reiterando mis juramentos pasionales un par de veces más corroboré con un beso delicioso el pacto y... me fui. Me fui dispuesto á no volver y á bañarme en el río del olvido; más... «el nombre propone y el Amor dispone» á la noche siguiente me encontré ante la reja sin saber cómo. Sus peticiones

(1) Del libro *Filosofía cómica* recientemente publicado.



F. csím l en negro de la cubierta del libro *Filosofía cómica*.

de libertad y de cariño se repitieron cada vez con mayor fogosidad; sus manos apretaban las mías y me las abrazaban cuando me decía con los labios, con el corazón y con los ojos: «¡Te quiero Práxedes! ¡Llévame contigo!» ¡Una tontería! Sin embargo, yo, siempre reflexivo y timorato, apagaba su voz con besos y juramentos a pares. Porque aun cuando yo no conocía al marido, temía su cólera... y además me repugnaba traicionarle.

Y ahora viene lo bueno. Terminada la feria tuve que abandonar Córdoba para proseguir mi «tournée» industrial. Me despedí conmovido oramente de mi adorada, prometiéndola regresar en cuanto termi-

nase con los boquerones, atenuando así su excitación y sus celos. Al separarme de la reja, me dijo, bebiendo las lágrimas que vertían sus ojos gatunos: «Tú ya no vuelves, me lo dice éste (éste, era el corazón), pero yo me moriré de pena»... Aquello, que, al principio, parecía una frase del método de Ahn, me conmovió hasta el tuétano. Yo he sido siempre muy romántico.

Estuve en Ja-ca, luego pasó á Linares, de ahí á La Carlina. La escribí desde este punto, contándole hasta los más pequeñitos pormenores de mi existencia ambulante. Ella no me contestó. Me asombré... Pasaron días... Mi asombro iba creciendo, creciendo...

Hasta que una noche, á eso de las doce y cuarenta, el encargado de la fondilla donde me hospedaba llamó á la puerta de mi alcoba maltratando sus nudillos.

—Zeñorito; ahí está zu zeñora.

—¿Mi señora?

Me senté súbi-

to en la cama, restregándome los ojos, porque creía soñar.

—Zi, zeñorito —continuó el pupillero— zu zeñora: una joven como un lusero, con su premiso, y que quié pasó.

Yo, amodorrado aún y tomando aquello por una broma de las muchas que abundaban en aquella casa llena siempre de compadres chacharacheros y juerguistas, me acosté de nuevo y repuse sonriendo estúpidamente.

—Bueno, hombre, bueno; pues... que pase, que paso... mi señora.

Apenas acabé de decirlo cuando sentí una maleta caer sobre mis pies, unos brazos que rodeaban mi cuello y una voceci-

lla que me gritaba con toda el alma «¡Prá-
xedes!»

¡¡Era ella!!

Fernando LUQUE

Corregir al que yerra

Esta pobre señora que sale de paseo
con un niño delante y otro niño detrás
y otro niño en los brazos —á cada cual más feo,
pues salen á su padre... —¡qué lástima me da!...

Señora; usted debiera hacer que su marido
echase sus tres hijos, un día, en el cocido,
y se los manducase, por feos, á los tres...

Y luego, yo que soy la inmodestia en persona,
le haría á usted tres niñas, —á cada cual más
[mona—
ya salgan á su madre... ¡ó á un servidor de usted!

J. ALCAIDE DE ZAFRA

¡Eso es patriotismo!...

La conocí en un viaje. Iba con su ma-
rido: un recio y sonriente francés que
á más de ser ridículo como casi todos los
compatriotas era el heliogábalo más nau-
seabundo que he conocido, y conste que
he visto comer á muchos concejales y di-
putados.

Era moruna, robusta, de ojos grandes y
negros.

La boca bien sentada y los andares rít-
micos y enervadores, parecían hechos el
uno para el otro, pues los reires eran mú-
sica, y los andares compás de su reir.

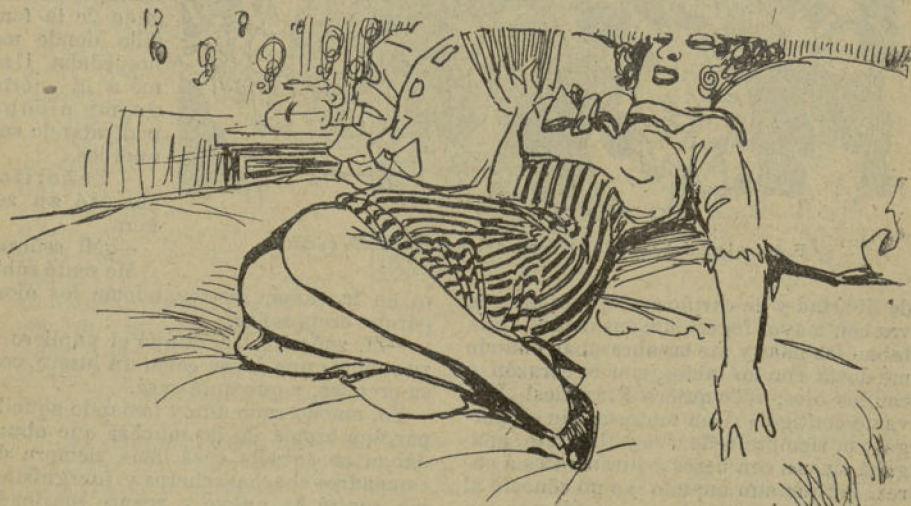
—¡Qué despacio van los trenes en Es-
paña! —dijo él mientras engullía un alón
de pollo.

Y le miré agresivo, pues sin ser patrio-
tero me irrita oír de labios extraños me-
nosprecio á las cosas de mi tierra

—¡No tan despacio! —dijo la mujer
uniéndose á mi pensar.

No replicó. De nuevo clavó el diente en
un filete empanado, y después en una re-
daja de bonito.

LEYENDO NOVELAS



Demetrio

La nena. — ¡Qué perversa es esta mujer que describe el autor! ¡Mira que abandonar á Rodolfo para
ser amante del conde!... yo me hubiera quedado con los dos.



¿POR QUÉ NO LAS DENUNCIAN A ELLAS?

—¿Qué les parece á ustedes esta nena? Desesperante, ¿verdad? Bueno; pues en el número próximo voy á presentár á su mamá, y si no se cogen ustedes la cabeza con las dos manos y se la agitan como poseídos de locura, pueden ustedes coger un cuchillo y dejar mi cuerpo como una bola de billar.—*Demetrio.*



El.—¿Pero no te compro cuanto quieras, no tienes cuanto deseas?

Ella.—¡Lo que quiero... lo que deseo! ¿Quién me proporciona lo que necesito?

Ella no comía.

En un rincón del departamento se acodó.

—¡Mira, —dijo de pronto ensiasmada— mira qué bello es el paisaje!...

—¡Bah! —limitóse á decir el francés sin apartarse de la merienda.

Entonces terció yo.

—¡Bellísimo! ¿No lo conocía usted, señora?

—Es la primera vez que hacemos este viaje. ¿Verdad Paul?

—Sí, la primera vez...

Me levanté de mi asiento, y por cima del hombro de aquella encantadora mujercita, fui señalando y nombrando los puntos que en el horizonte se destacaban.

—Aquel picacho más alto, —dije— es «Peña Rosa» y la llanada que está á su pie «Prado-Bello».

¡Mentira! Yo no conocía aquel paisaje, pero mi deseo de hablar con la linda mujer y la seguridad de no ser desmentido, me hizo inventor de bellos nombres.

—En el país de ustedes... —añadí— también florecen muy bellas campiñas...

—¿En mi país?

—Sí, en Francia.

—Yo soy española, caballero.

—¡Ah!

—Mi marido sí que es de allá... ¡Yo nací en Zaragoza!

—¿De Zaragoza? ¡Qué coincidencia! Yo también soy de Zaragoza. He nacido en la calle Alfonso.

—¡En la misma calle he nacido yo, en el 36!

Instintivamente, quizá en un efusivo goce regional, la cogí una mano que estreché con fuerza.

Ella miró con su mijita de miedo al sitio en que el esposo dormitaba y mascaba el resto de un filete.

—¿Con que paisanica? Ya me dije yo al verla... ¡Esta mujer no es de la misma tierra que este hombre!

—¿Por qué?

—Porque... no.

—¡Tiene gracia!...

—No, maña, no: no tiene gracia. ¡Una zaragozana con un francote! ¿Qué dirá la Pilarica? Eso no può bendecirlo e la... ¡Y tan bonita y tan resalada como eres!...

vamos que no me entra en la cabeza tal maridaje.

Convencida de que el *editor responsable* dormía, díjome la moza el cómo siendo doncella de una fonda conoció y trató á Paul: cocinero en la misma casa, y puesta á decir verdades —que para esto no *tié* pelos en la lengua *ningún* aragonés— me dijo que se casó con él esperanzada en ser fondista ya que el *franchute* tenía ahorros y era... muy bueno.

¡Ay del hombre que dicen, qué bueno, es un santo, no le hay mejor!

Para ellos, la *bondad*, es sinónimo de tontería; la *santidad*, de confianza, y lo *mejor*, quiere decir en muchos casos, lo peor que puede pensarse.

—No; si tú no le quieres... —me atreví á murmurar.

—¡Hombre!... ¿Quererte? Sí que le quiero; pero es un cariño así como de hermano, como...

—Tú no has querido nunca ¡bonita! Tú no sabes lo que es una caricia de amor... ¡No!

La abracé. Miró recelosa y dijo:

—Quite... ¡suelte!

—¡Negraza de mi vida!

—Ay... ¡Quite!

—Te voy á comer á besos, te voy á matar á abrazos.

—¡Suel... tal... ¡Ay, si despertara!

Felizmente no despertó.

Fué su boca prisionera de la mía; su talle, prisionero de mi brazo, y cuando los dedos revoltosos y curiosos quisieron extraer de entre sus pechos una *virgencita pa besala*, fué cuando á compás del agrio ronquido del *buen francés* ella me dijo:

—¡Sí... te quiero! ¡Te quiero á tu solo! ¡Pa qué no nos habremos encontrao antes de ahora, mañico?

Nos besamos con rabia, con furor de dementos.

Ya alocaó, en los brazos de aquella

fiera-mujer, igual hubiera sido asesino que héroe.

Probé en sus caricias el amor más ardoroso; comprobé que, aun no estando enfermo, puede tenerse calentura muy alta y que hay ojos que brillan como la lumbré y dientes que muerden como los del lobo...

Un túnel... Un esposo que duerme como

RECUERDOS



El.—[Cómo me recuerdan estas mañanas] de Primavera aquella de grata memoria en que te conocí en el Retiro!...

Ella.—Entonces me digiste que si conseguías hacerte abogado y te casabas conmigo, ¡me demostrarías constantemente tu amor hacia mí.

El.—¿Y no te lo he demostrado siempre?

Ella (suspirando).—Sí; pero ya no ejerces.

un santo; y en la obscuridad, una voz de mujer que dice:

—¡Amor mío! ¡Amor mío!

—¡No, no quiero que nos veamos más!... ¡Vete de Gijón! ¡No me sigas!...

—¿Pero... es que ya no me quieres?...

—¡No te quiero! ¡No te quisé! ¡Vete!

—¿Cómo? ¿qué? ¿Entonces... aquello?...

—¿No decías que Zaragoza, y la Pilarica, y el francés... y...?

—Sí, pero... ¿No acabo de entenderte!

—¡Torpe! ¿No has adivinado?

—¡No!
 —¡Esta es la venganza de nuestro patriotismo, de nuestro odio al francés!...
 —¿Cómo?
 —Sí, mañico; de nuestro odio á Napoleón; de nuestra venganza por los Sitios.
 ¿No entiendes aún? ¡Bobo! ¡Más que bobo!
 ¡¡Adórame; yo soy una... heroína!!...

Fernando MORA



La señora.—Ande, Rosita, acaba pronto que tengo prisa por comprar ese depilatorio.

La doncella.—Me parece que con un frasco no tiene bastante la señora.

La señora.—¡Pero, mujer, si es para las patillas nada más!

CUENTO VIEJO

Vivía en un pueblecillo andaluz, un zapatero casado con una frescachona y bonita gaditana, á cuyo matrimonio sobraba buena parte de casa, por lo que decidieron alquilar una de las habitaciones interiores, ayudando con este ingreso al problema casero, quedándole al remendón su taller exterior con puerta á la calle.

Acordes sobre el precio, mientras ella venía de la plaza, afanábase Crispín una mañana en adornar un cartelón en que se leía:

SE ALQUILA EL CUARTO TRASERO.

Terminada que hubo su labor caligráfica, dióla al dorso una pincelada de engrudo para que su mujer lo pegase en la puerta de entrada... pero la llegada de una parroquiana hizo al zapatero dejar el cartel sobre una silla, mientras atendía á su cliente.

Volvió en tanto la esposa, con una pesada cesta, sentándose rendida sobre la silla... esperando que se marchara la dicha charachera joven; una vez que lo hizo, la mandó su esposo á que la trajera cerote que necesitaba al punto. Y, á regañadientes por el nuevo paseo á que le obligaba la mala memoria de Crispín, salió á la calle, ostentando en la parte más prominente y posterior de su cuerpo, el cartelón que su esposo dejó sobre la silla...

Reían los transeúntes, seguíanla algunos chicos... hasta que un desocupado viandante la detuvo preguntándola, si alquilaba el cuarto trasero. Sonrió ella al futuro huésped, respondiéndole afirmativamente...

A lo que el otro, guiñando picaresco un ojo, y señalando al antipoda del cartelito, pregunto:

—Y... el *santero*... ¿lo arquila osté señora?...

—No dijo—. Eze no... porque en trabaja mi marío...

Carlos IGLESIA-DUARTE

Lea usted en EL LIBRO POPULAR

La mujer de los dos

nove a completa por

RAFAEL LÓPEZ DE HARO

20 céntimos

UN ISIDRO (1)

El 14 de Mayo de 19... llegó á la corte á pasar las fiestas de San Isidro, aprovechando la baratura de los trenes, Isidrito Peláez, vecino de H., pequeña villa de la provincia de Segovia.

Contaba el tal Isidrito poco más de veinteveranos —no siempre han de ser primavera.

Era un joven tímido y apocado, que, criado desde pequeñito en el pueblecillo donde vió la luz primera, se podía decir de él, con harta razón, que había visto el mundo por un agujero; pero por un agujero de tan pequeñísimo diámetro, que difícilmente podría hacerse pasar por él un cabello por finísimo que fuera, é imposible de todo punto, si el cabello en cuestión perteneciese á la *tête* del Gallo.

Llegó á la estación al atardecer, sin más equipaje que lo puesto, pues era su idea pasar únicamente unos días en la villa del madroño y del oso, y curioseándolo todo echó á andar por el paseo de San Vicente, cruzó la plaza de San Marcial (hoy de España), é internóse en la calle de los Reyes.

Cuando más distraído encontrábase nuestro hombre, aunque, á decir verdad, en la citada calle no hay nada digno de admirarse, sintió que alguien dábale un suave golpecito en un hombro, y juzgar su estupefacción, al volverse y encontrarse con una hembra *pistonuda*, que á él le pareció la más divina de las mujeres, y que le decía con apasionado acento:

—Seguramente buscas una casa donde pasar la noche, ¿no *salao*?

No dejó de extrañarle que le tratara con tan excesiva confianza una persona á quien jamás había visto; pero no estaba

él para reparar en pequeñeces y reponiéndose del susto.

—Justamente —contestó—. Acabo de llegar ahora mismo y busco una fonda donde hospedarme.

—Pues vente conmigo y en mi casa encontrarás una cama limpia como el oro, donde vas á dormir más á gusto que un duque...

—Pero usted —le interrumpió Isidro— ¿tienes quizá una casa de huéspedes?

—Sí, rico; no lejos de aquí.

Peláez mostrábase encantado de la vida, y bendijo la hora en que ocurrióse venir á la corte, creyendo á su bella acompañante lo menos una princesa, porque era lo que él se decía:

—¿Qué gentes, sino princesas van á vivir en la calle de los Reyes?

En el transcurso de la conversación hubo de preguntarle ella para *sondear el terreno* y ver qué clase de pájaro había caído, si había venido á la corte por mero (no por el pescado que así se llama, ¿eh?) capricho, ó si le traía algún negocio.

—Pues verás —le contestó él—. Yo soy comisionista en cueros en la provincia de Segovia, y he *distraído* algunos cuartejos para pasar unos días en Madrid lo mejor que pueda.

Ella, que no deseaba saber otra cosa,

—Pues entonces vamos á hacer muy buenas migas —le dijo— porque yo también comercio en lo mismo.

—¿Tú?...

—Sí, hombre, sí; yo, igual que tú... ¡comercio en cueros!

Francisco SERRANO BAENA

Se ha puesto á la venta la segunda edición del

Cancionero de Pastora Imperio

Precio: 10 céntimos.



Manuel Escacena

Un verdadero artista del cante flamenco, que en compañía del popular tocador de guitarra Montoya, director del cuadro flamenco, realizará muy pronto una *turnée* por Alemania, que será una continuación de los éxitos que siempre alcanzaron Montoya y Escacena.

(1) Del libro *Narraciones galantes*, que aparecerá en breve.

COSAS DE NOVIOS



El.—¿No te gusta que te acaricie los brazos, estos brazos tan perfectos, tan blancos, tan suaves?

Ella.—Si que me gusta, pero... (mimosa) ya que te gusta acariciarme, no son los brazos lo más bonito que tengo ¿sabes? no son los brazos.

Jugar con fuego

Miajitas era todo un pillo de playa.

—¿Y quién es éste? —dirán ustedes.

Pues, sencillamente, un ser desgraciado, sin hogar, cambiando cada noche de domicilio, acurrucándose como un reptil en esta ó en la otra barca de las que se hallan encarenadas en la playa.

Toda la gente moza le conoce y algunos conservan recuerdos de sus hazañas.

Disputa con los hombres, aun teniendo diez y seis años, y en su rostro, terroso y broncineo, aparecen señales inequívocas de poseer todas las truhanerías juntas.

Pero en cambio, tiene corazón noble, grande en sentimientos, virgen todavía, y consagrado por entero á una mujer, la que, á causa de sus desdenes, su ronrisa infernal, que le enloquece, y, sobre todo, un «¡eres un niño!...» que varias veces pronuncian sus labios, le hace caer en ideas terribles y apodérase de su alma una melancolía perpetua.

—Nada, estoy loco, ó es ella la que me vuelve á mí. ¡Primero muerta que de ningún otro! —dice en uno de esos instantes de rabia y de celos en que una nube de sangre cubre su vista. Después prosigue:

La adoro, si ¿Por qué la deseo tanto? ¿Por qué me desdena y después parece quererme?... ¡Qué negra es la tristeza y qué negros son también los celos!... Valor, *Miajitas*... «¡Eres un niño!» ¡Malditas palabras!, pero yo la demostraré que son un hombre...

La noche está hermosa, el mar en calma, la luz argentada de la luna serpenteando sobre la superficie de las ondas, cuyo brillo se pierde en la inmensidad.

Con pasos, vacilantes, y su cerebro lleno de ideas abominables, *Miajitas*, como de costumbre, se dirige al embarcadero y se introduce en una barca donde reposara algunas horas no muy tranquilas.

Rosa era una de esas mujeres diestras en lides de amor, que, apreciando lo que valen, sacan el mejor partido de su palmito.

Miajitas no cayó en la cuenta de haberse las con una mujer así, hasta que los hechos se encargaron de abrirle los ojos á la verdad. Rosa le engañaba... Pero era hermosa, fiamanca, y... esto la perdía.

Jugaba con los corazones como los niños con los juguetes que, ya rotos, los tiran al arroyo.



—Compadéceme, lector; soy una desgraciada jamona que no encuentra un hombre que la mime, que la acaricie. Vivo en la calle del Amparo, número 27. ¿Ven ustedes qué desgraciada soy? Hasta el cajista se pone en contra mía; pone los números machacados para que no sepan ustedes dónde vivo.

Ella le servían de diversión, y ya hastiada, los aborrecía y despreciaba.

Serían ya las nueve de la noche del día siguiente cuando un hombre penetró en casa de Rosa.

Después *Miajitas*, canturreando una ma-



Ella.—¡Anda, rico, vístete y acompáñame al concierto; ya sabes lo que me gustan los solos de flauta.

El.—Eso no disculpa tu desec, puesto que sin salir de casa yo mismo te podía proporcionar ese placer.

lagueña, acercóse ignorante de todo á la ventana. Tocó los cristales y nada. Su corazón latió con fuerza. Volvió á llamar, y Rosa, fingiendo no haber oído, abrió diciéndole:

—¿Pero eres tú?

—¿Qué te extraña? ¿Acaso no puedo venir á verte?

Si sabes que te adoro con locura, que eres mi alma y mi vida... ¿por qué me desdeñas?

—¡Eres un niño!... y desapareció sin cerrar la ventana.

Miajitas quedó como petrificado, con la vista fija en el suelo, y con el puño de su manga limpió una lágrima que rodó vergonzosa de rabia ó de celos.

Dentro se sucedía la escena siguiente:

—¿Qué es eso, Rosa? --arguyó su hombre.

—Nada. Un muchacho que dice *que me quiere mucho* y que está loco por mí. No hagas caso, en un golfillo, le desprecio.

—¡Bendita seas! Esto es lo que deseo de ti — y se confundieron en su abrazo.

En esto *Miajitas* alzó la vista y exclamó:

—¿Rosa con un hombre? ¡Miserables, yo me vengaré!...

A la noche siguiente, minutos antes de que viniese el amante de Rosa, llegó *Miajitas* con el semblante livido y descompuesto. Llamó á la puerta y ella salió á recibirle.

Miráronse, y en los ojos de él vió ella una cosa terrible... Tenía miedo...

—¿A qué vienes, niño?...

—¿Tú me lo preguntas? ¿Tú que tanto me quieres? Vengo por ti, infame. ¿Por qué me engañas? — y blandiendo una faca en el aire quería matarla.

Rosa, viendo su actitud, se echó de rodillas y abrazándose á sus piernas decía:

—¡No me mates, perdóname!

—Te desprecio, todas sois lo mismo. ¡Sois unas niñas!

—Menos tú... ¡Tú eres un hombre!... — y abrazándose á *Miajitas* juráronse amor eterno, como premio de la lección recibida. ¡No se puede jugar con fuego!

Eduardo TORRENOVA

EL FENÓMENO

sigue bien desde que compra gomas irrompibles de las mejores marcas que vende

La Inglesa

San Vicente, 164, Valencia.

Catálogo gratis enviando sello.

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y COMPAÑIA

RIVADAVIA, 608.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S. A.)

SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas
higiénicas que vende

LA MASCOTA

GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.

Un consejo á las señoras

que parecen de rubicundeces, lupus, etc. Tomar todos los días un **Papel Yhomar** disuelto en un vaso de leche ó agua muy azucarada, y desaparecerán esos defectos que afean el cutis y teniendo constancia obtendréis una piel fina, tersa y delicada como pétalos de rosa. *Gayoso*, Madrid; *Gamlr*, Valencia, y en las principales farmacias bien surtidas.

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y ríñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros ó irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídense gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA y EL LIBRO POPULAR,

Francisco Pastor, Postigo San Martín, 9.

OBRAS DE LUIS ESTESO

Cincuenta monólogos verdes.	1 ptas.	La vida cachunda.	0,20 ptas
Alaridos eróticos.	1	La reata humana.	2
Cartas para todos.	0,50	Entremeses.	1
Quince romances en chufia.	0,50	Viaje cómico por España.	1
Monólogos picarescos.	0,50	Chascarrillos y epigramas.	0,50
Cartas amorosas.	0,50	Vida de Belmonte y algo más.	0,50
Para que rían las mujeres.	0,50	Joselito tiene miedo.	0,50
Los caminos del amor.	0,50	La República del Común.	0,50
Diálogos del teatro.	0,20	Malagueñas y cantares.	0,20

OBRAS COMPLETAS: tres tomos encuadernados, 10 pesetas.

PEDIDOS A FERNANDO FE, PUERTA DEL SOL, 15, MADRID

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO francos ó UN dollar.

Los pedidos, con su importe, diríjense ÚNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896)

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.